

Efectivamente, el impulso estaba dado ya, y sólo se necesitaba un monarca de recto juicio, más todavía que de elevada inteligencia, que supiera aprovechar diestramente los grandes elementos que le había legado el reinado anterior.

Y precisamente Carlos III se encontraba en este caso, pues si su talento no pertenecía á los de orden más superior, en cambio poseía un criterio despejado, una intencion sana y un cariño extraordinario á sus pueblos.

Con una discrecion nunca bastante elogiada, fué rodeándose de los hombres más eminentes, y la capacidad y la inteligencia tuvo á su cargo la administracion y el gobierno de aquella monarquía.

Es verdad que de sus primeros actos fué el famoso *Pacto de Familia*, impulsado más bien por la fuerza de la sangre que por las consideraciones políticas; pero como en la existencia de los pueblos debe considerarse más bien la conveniencia de éstos que las afecciones de la familia, no podemos ménos de deplorar aquel Pacto, que precisamente en circunstancias un tanto difíciles fué á ligar nuestros destinos con los de la Francia, comprometiéndonos con aventuras de que felizmente había sabido librarnos hasta entónces la prudencia de Fernando VI.

Las consecuencias del Pacto celebrado merced á la sagacidad de Choiseul, sagacidad de que no supó desenvolverse el ministro español Grimaldi, comenzaron á tocarse al poco tiempo, y la guerra con Inglaterra, que á él se siguió, nos arrebató las dos joyas de nuestras posesiones de Oriente y Occidente, que eran Manila y la Habana, sin poder recobrarlas hasta dos años más tarde, en virtud del tratado de Paris.

Es verdad que Carlos no veía sin dolor flotar el pabellon británico en las posesiones españolas de Menorca y Gibraltar, y que impulsado por su afán de recobrar aquellos dos pedazos de su territorio, entró de buen grado en una alianza á través de la cual creía ver la ansiada recuperacion, y considerándola bajo este punto de vista, si no excusable en el terreno político, merece una consideracion sin embargo.

Consecuente en su odio á la Inglaterra, que tenía puesta su planta de hierro en nuestro mismo territorio, fomenta Carlos la insurreccion de las colonias inglesas en América, rebeladas contra la Metrópoli, sin tener en cuenta que encendía una hoguera en la cual más tarde habían de consumirse tambien nuestras mismas colonias.

Pero lo que el monarca español no ve, lo adivina un ilustre español, y tal vez á escuchar Carlos en aquella ocasion como en otras el parecer del conde de Aranda, hubiéranse evitado quizas males que en los reinados siguientes hubo de deplorar.

Durante la serie de guerras en que nos vimos envueltos, alcanzamos importantes triunfos marítimos, triunfos que en más de una ocasion hicieron vacilar la preponderancia marítima de la Gran Bretaña, pero á la par el desastre del Cabo de San Vicente fué un golpe terrible para nuestra marina que, áun cuando un tanto vengado posteriormente en las Azores, dejóle ya una herida tan profunda que el desastre de Trafalgar la acabó por completo de aniquilar.

Por fin consigue Carlos realizar una parte de sus aspiraciones con la cooperacion de Menorca, pero en cambio no tuvo más remedio que formar la paz de 1783 con el disgusto de no haber podido arrebatár á Inglaterra aquel codiciado Peñon, respecto del cual decía Lord Stormondi, «que en tres semanas que estuviese mirando el mapa de España no encontraría en él una plaza suficiente á compensar el valor de aquélla.»

Los pasados azares sirvieron de provechosa leccion á Carlos, y los últimos años de su reinado revisten ya un carácter de cordura y firmeza que llegan á comprender á toda la Europa, mereciendo, merced á esto, ser nombrado mediador en las diferencias que á cada momento traían inquietas y divididas á las demas naciones.

Notabilísimo es el cambio que en España comienza á experimentarse, deleitándose el historiador al fijarse en este reinado, máxime cuando cuadros tan sombríos, escenas tan deplorables ha tenido que narrar en épocas anteriores.

Viajero fatigado y abatido por jornadas llenas de asperezas y preñadas de contrariedades, al llegar á este sitio recréase el ánimo, el corazon respira y un bienestar extraordinario se apodera de todo su sér ante el espléndido y apacible cuadro que á su vista se ofrece.

Ya el pensamiento se emancipa de aquella terrible presion que sobre él ejercían Roma y la Inquisicion, ya no se prohíbe una obra sin que se escuche la interpretacion que el autor dió á sus palabras, y los breves de Roma condenando algun libro carecen de fuerza y de vigor si la potestad civil no los sanciona.

Si el Santo Oficio no fué reprimido como deseaba el ministro Roda, cercenósele en gran manera su poder, y las hogueras cesaron de encenderse, y los autos de fe de servir de pasatiempo á una multitud ignorante y fanática.

Chumacero y Pimentel, siguiendo las huellas de Macanaz, desenvuelven las doctrinas de las *Regalias*, y ante la actitud resuelta del Monarca cede la corte romana, y, lo mismo la autoridad real que el poder civil, consiguen recobrar la fuerza y el vigor que desde la Edad media vinieran perdiendo.

Incompatible era ya, despues del triunfo de los regalistas, la existencia de la milicia jesuítica, y su expulsion se llevó á cabo con un sigilo y una prudencia extraordinarios, poniéndose de acuerdo todos los monarcas de la casa de Borbon para abolir aquella institucion, que finalmente la Bula de Clemente XIV extinguió para siempre.

La creacion de Sociedades Económicas de Amigos del País, las Escuelas Patrióticas gratuitas, el banco de San Carlos, los colegios de Artillería y Marina, el Jardín Botánico y el Gabinete de Historia Natural, así como las colonizaciones de Sierra Morena, son otras tantas páginas de eterna gloria en aquel reinado por tantos títulos imperecedero.

Todavía no se llevó á cabo la desamortizacion civil y religiosa, pero ya se la ve apuntar, y el informe sobre la Ley Agraria y el tratado de Regalía de Amortizacion, son anuncios seguros de la revolucion que en este sentido se prepara.

Fácilmente se comprende que este movimiento de progreso y de adelanto había de trascender á todas las esferas y á todos los géneros, y en su consecuencia la literatura, recogiendo de Francia lo mismo que le habíamos prestado ya anteriormente, adquirió la brillantez que le diera aquella civilizacion, formando, por decirlo así, un cuadro nuevo tambien en nuestra historia literaria.

Los nombres de Burriel y de Sarmiento, de Florez, Mayans y de Capmany, lo mismo que Masdeu, Rico, Casiri y Olavide, Moratin y Meléndez, demuestran perfectamente que las ciencias, la administracion, la literatura y la historia se desarrollaban más á cada momento, verificándose en este sentido notabilísimas mejoras.

El pincel de Mengs, el pintor filósofo como le llamaba Azara, era la admiracion de la Europa; Goya llamaba la atencion por su originalísimo estilo que nadie ha podido imitar, y como si esto no fuera suficiente para demostrar el extraordinario adelanto alcanzado en las bellas artes, por doquiera que volvamos la vista encontramos en España sobrados monumentos, testigos irrecusables del buen gusto y de la proteccion que durante aquel reinado se daba á todo lo digno, justo y beneficioso.

No era posible hacer más de lo que hizo Carlos III durante su reinado, no pudiendo ménos de hacer presente á los que en algunas ocasiones se han quejado, teniendo en cuenta el espíritu reformista de aquel reinado, porque no se habían restablecido algunas de las antiguas libertades acomodándolas á las condiciones de su época; que no debe perderse de vista que el horizonte político de Europa estaba ya cargado de nubes, que el pueblo español, pasando por algunos siglos de inquisicion y despotismo, había perdido gran parte de su amor á la libertad, y sobre todo que no era posible introducir radicalmente cierta clase de reformas; cuando ya solamente las iniciadas atrajeron sobre los consejeros de Carlos, por las clases privilegiadas y áun por parte del clero, la nota de enciclopedistas y partidarios de la nueva escuela filosófica francesa.

El año siguiente al advenimiento de Carlos IV al trono español estalla en Francia el volcan revolucionario, cuyo sacudimiento conmovió toda la Europa é hizo estremecer todos los solios. La rapidez de los primeros pasos de la revolucion anunciaba que en breve se iban á ensayar todas las formas, á recorrerse toda la escala de las transformaciones sociales. Y así fué.

Jamas en tan corto espacio de tiempo anduvo una sociedad tan largo camino. La impaciencia de marchar exigía á cada año el desarrollo y la vitalidad de un siglo, y parecía que los tiempos se compendaban á la voz de los hombres. Hallóse medio de cortar la distancia de tiempos ántes que la distancia de lugar, y la revolucion francesa precedió á la invencion del vapor. La Europa armada gritaba: ¡atras! y la Francia, armada tambien, contestaba: ¡adelante! Las ideas, sin embargo, avanzaban más dentro de la Francia que los ejércitos fuera. Estados generales, Asamblea constituyente, Asamblea legislativa, Convencion, República, Directorio, Consulado, Imperio... Monarquía, Democracia, Despotismo militar... Á los pocos años de un regicidio nacional, se entronizaba á un déspota: habíase hecho perecer en un cadalso á un rey virtuoso y débil, y se aclamaba á un tirano heróico. Cuando Napoleon establecía repúblicas en Europa, en Francia iban retrocediendo las ideas republicanas. Las ideas y las conquistas marchaban al reves. Del suplicio del rey á la proclamacion del emperador mediaron once años. Al cabo de otros once años la Francia vuelve á gritar ¡viva el rey! El nuevo rey era otro Borbon. Gran retroceso. Pero el movimiento galvánico no ha cesado. Pasan otros quince años, y las ideas que habían retrocedido vuelven á avanzar. La antigua dinastía es de nuevo expulsada, y se proclama á un Orleans rey constitucional. Ántes de otros diez y ocho años la monarquía constitucional va á acompañar en la proscripcion á la vieja monarquía y al imperio. La Francia es ya otra vez republicana. ¿Volverá otro imperio y otra monarquía? ¿Se acabarán de fijar las ideas sobre el mejor gobierno de los pueblos? ¿Estará la humanidad condenada á girar perpetuamente en derredor de un círculo?

Gira, sí; pero es describiendo círculos concéntricos, cuya circunferencia se va agrandando sin cesar, y de cada círculo que describe va recogiendo la humanidad algun principio provechoso que queda siempre. Así con las alianzas de lo antiguo que vive y de lo nuevo que nace, va modificando su existencia. Costosas son las transformaciones. Si los pueblos y las generaciones que las promueven meditaran los estragos que acompañan á las grandes revoluciones, retrocederían espantados. Mas por una disposicion providencial la embriaguez del entusiasmo no deja lugar al frío razonamiento y predispone á recibir con gusto el martirio: tambien el furor de la venganza perturba la razon: son las dos fuentes de las grandes virtudes y de los grandes crímenes que en ella se desarrollan. Fecunda en unos y en otros fué la de 1789. Acaso ninguna ha producido tantos héroes y tantos monstruos. La leccion fué dura. ¿Supieron aprovecharla los reyes y los pueblos? Ha sido menester otra revolucion á mediados de este siglo para enseñarles más. ¿Han aprendido los hombres de ahora más que los de entónces? ¿Ha ganado algo la humanidad? Comparemos.

La revolucion de 1789 fué agresora y conquistadora; la de 1848 proclamó el respeto á la independencia de los pueblos. Entónces la Europa opuso muros de acero á las ideas democráticas; ahora la Europa siguió el impulso de la na-

cion iniciadora. En la revolucion del siglo pasado eran llevados los hombres á carretadas á la guillotina; la cuchilla era el primer poder del estado: en el presente siglo se aclamó el principio de la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos. En 1793 manchó la frente de la Francia la sangre con que tiñó el cadalso uno de los monarcas que ménos lo merecian: en 1848 hubo muchas revoluciones, y la sangre de varios príncipes corrió en los campos de batalla; ni una gota de sangre real en el afrentoso patíbulo. La Francia del siglo pasado abolió el culto católico y divinizó la razon humana: se quitó á Dios de los altares y se dió incienso á una prostituta: en la Francia del presente siglo, los más extremados reformadores se han visto precisados á invocar el Cristianismo, y el sacerdocio católico ha sido buscado para rociar con el agua santa el árbol de la libertad. Entónces un soldado arrancó violentamente de su silla al Jefe visible de la Iglesia, y el gran guerrero puso su mano profana sobre el gran sacerdote; aquel hombre se llamaba Napoleon: ahora otro Napoleon, deudo de aquél y como él jefe de la Francia, envió las legiones republicanas á reponer en su silla á otro pontífice, Pío se llamaba también, como el abofeteado en Fontainebleau, y cometiendo una injusticia política y una inconsecuencia, ha hecho una reparacion religiosa. La Europa lo ha murmurado; ha parecido un contrasentido. Tal vez la Francia misma lo hizo de mal grado. No murmure la Europa; no era la voluntad de la Francia la que obraba; era el impulso secreto de la Providencia que le había impuesto una expiacion, y al cual ella obedecía de mal humor sin saberlo. También Alarico iba de mala gana á Roma y obedecía á la voz secreta que se lo mandaba. Distinto era entónces el fin; la Providencia la misma.

Excesos abominables se han cometido en aquella y esta revolucion. Lamentamos unos y otros. ¿Cuándo dejará de intervenir el mortífero acero en las cuestiones de política fundamental? ¿Cuándo serán los cambios sociales resultado sólo de la discusion pacífica y razonada? Los pocos síntomas que de ello vemos nos indican que aún tiene que vivir mucho la humanidad hasta tocar este estado de perfeccion. ¿Por qué entre tanto ha de estar condenada á comprar su mejoramiento á precio de tan costosas pruebas?

Todas las potencias europeas se conmueven ante aquella revolucion, y las coaliciones y las guerras proporcionan triunfos á la Francia y dan nuevo aliento al gigante de la revolucion.

España que, á pesar de estar subsistente el Pacto de familia, habíase contentado solamente con intervenir de un modo tímido y hasta deshonroso en favor del prisionero Luis XVI, únicamente despues de haber rodado la cabeza de aquel infortunado Monarca en la guillotina, se atrevió, siguiendo el parecer del favorito guardia de Corps, que desde el cuartel subió á ocupar el puesto de ministro de la nacion, á declarar la guerra á la Francia, desatendiendo la juiciosa y prudente oposicion del anciano conde de Aranda.

De nuevo se encuentra España comprometida en nuevos azares que terminan en fin con la vergonzosa paz de Basilea, que nos cuesta la cesion de Santo Domingo, siguiéndose despues el tratado de San Ildefonso, en virtud del cual nos encontramos en guerra con la Gran Bretaña, guerra que nos cuesta la derrota de nuestra escuadra en el Cabo de San Vicente, la cesion de la Trinidad por la paz de Amiens, y finalmente el desastre de Trafalgar, desastre gloriosísimo por cierto, pero no por eso ménos deplorable.

Costosísima nos estaba siendo la alianza con Francia, pero todavía habíamos de pagar más caro el error de 1793, y desde el 18 brumario una nueva fase comienza á dibujarse para nuestro país.

España, aliada del imperio, se ve á su vez amenazada por él; desembarazado Napoleon de los obstáculos que en el Norte se le habían ofrecido, ocupó sólo de los asuntos del Mediodía, y el tratado de Fontainebleau no fué otra cosa que el juguete arrojado en las inexpertas manos de Godoy para seducirle y fascinarle.

Las desdichadas escenas del Escorial vinieron por entónces á ayudar los designios del Emperador; aquel desdichado cuadro en que un rey denuncia á la faz de Europa al príncipe heredero; en que un padre y una madre no vacilan en arrojar sobre la frente del propio hijo el estigma de su propio crimen; en que éste pide humildemente perdon á sus padres; en que padres é hijo piden consejo y proteccion al emperador frances, constituye una de las páginas más vergonzosas de nuestra historia, tanto por lo que contrasta con la altivez y dignidad de los tres anteriores reinados, cuanto por las fatales consecuencias que tuvo para España.

Precisamente en los momentos en que Napoleon estaba pensando en el medio que podría emplear para apoderarse del trono de los Borbones españoles, fué llamado á ser árbitro en aquel vergonzoso drama de familia, y necesario es convenir que jamás la fortuna se le mostrara tan propicia para apoderarse de una corona como en España se le estaba allanando el camino.

Llamado por el mismo Monarca, solicitado por el Príncipe, entra en España el ejército frances, y al triste espectáculo ofrecido en el Escorial, sucede poco despues el famoso motin de Aranjuez, y cae el valido D. Manuel Godoy, abdica Carlos IV por salvarle, y Fernando VII es proclamado rey de España.

A partir de este momento, las debilidades reales se unen con las imperiales traiciones, que dieron por resultado la marcha de la familia real á Bayona, la posesion de nuestras mejores plazas por los franceses, la indignacion del pueblo, que se veía engañado y abandonado, hasta que finalmente las renunciaciones de Bayona forman el último eslabon de aquella cadena de odiosidades.

Afortunadamente, cuando los reyes propietarios entregaban vergonzosamente el trono y los doce millones de españoles al yugo de un audaz conquistador, el pueblo levantóse para recoger aquel trono y sostenerlo, y allí donde había concluido la dignidad del monarca, dió principio la de la nacion.

La sangre derramada el 2 de mayo de 1808 en Madrid fué el bautismo de sangre de todo un pueblo, y regenerado con él, lanzóse sobre el invasor, dando comienzo á aquella admirable epopeya que duró seis años y en la cual las águilas francesas, aquellas águilas vencedoras en Marengo y en las Pirámides, rodaron por el polvo arrolladas por legiones de paisanos mal armados, mal vestidos y peor disciplinados.

Jamás rey alguno ha sido aclamado con mayor entusiasmo ni recibido con más frenética alegría que lo fué Fernando VII al regresar á España en 1814.

*Aborrezco y detesto el despotismo*, fueron las frases pronunciadas por Fernando en el manifiesto que dió el día 4 de mayo de aquel mismo año, y España, que tantos sacrificios había hecho por él, acogió aquellas frases llena de entusiasmo y de esperanza.

Desde este momento la historia de nuestro país ofrece un lastimoso cuadro de convulsiones políticas, de aspiraciones encontradas, de vastas ambiciones, de cambios de gobierno, de veleidades, desaciertos y apostasias que constituyen para el historiador una época sumamente difícil de tratar, porque recientes los hechos, por decirlo así, apasionados todavía los recuerdos, calientes como quien dice las cenizas de los que sucumbieron, bien en defensa de una idea, bien de otra, es casi imposible que haya en el ánimo la seguridad suficiente, y en el criterio la imparcialidad bastante para recorrer esa última etapa de la historia moderna sin herir susceptibilidades y sin encontrar heridas que todavía por desgracia están destilando sangre.

Y nosotros procuraremos, en cuanto nos sea posible, desempeñar nuestra mision hasta el fin, del mismo modo que hasta ahora lo hicimos, no mostrándonos parciales con los vencidos ni adulando á los vencedores, refiriendo los hechos únicamente, toda vez que éstos son del público dominio, y no llevando á las páginas de nuestra historia la animosidad y el encono político, achaque genralmente de la flaca humanidad.



JUAN BROCARIO PRESENTANDO Á CISNEROS EL PRIMER EJEMPLAR DE LA BIBLIA.

Riviera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.